

MELINA

Mayo de 2013

Muchos años después de graduarse del Bard College, el curso que Melina más recordaba no era un seminario de composición ni un intensivo de teatro, sino una clase de antropología. Un día, la profesora mostró una diapositiva de un hueso con veintinueve pequeñas marcas en un costado.

—El hueso de Lebombo fue hallado en una cueva en Suazilandia en los años setenta y tiene alrededor de cuarenta y cuatro mil años —explicó—. Se trata de una fibula de babuino. Durante años, fue considerado el primer calendario atribuido al hombre. Pero les pregunto: ¿qué hombre usa un calendario de veintinueve días? —la profesora pareció mirar directamente a Melina—. La historia —agregó— la escriben los que están en el poder.

En la primavera de su último año, Melina se dirigió a la consulta con su mentor, como hacía todas las semanas. El profesor Bufort escribió en los ochenta una obra llamada *Wanderlust*, que ganó un

Premio Drama Desk, se trasladó a Broadway y fue nominado a un Tony. Decía que siempre había querido enseñar y que cuando el Bard College lo nombró director del programa de teatro, fue un sueño hecho realidad, pero Melina pensaba que el hecho de que ninguna de sus otras obras hubiera tenido el mismo éxito de crítica no era un dato menor.

Bufort estaba de espaldas cuando ella tocó y entró. Su cabello plateado le caía sobre los ojos y le daba un aire juvenil.

—Mi estudiante favorita de tesis —la saludó.

—Soy tu única estudiante de tesis.

Melina sacó una gomita de su muñeca y se recogió el cabello negro en un rodete suelto antes de buscar en su mochila dos botellas pequeñas de leche chocolatada de un tambo local. Costaban una fortuna, pero todas las semanas le llevaba una al profesor Bufort. La medicación para la presión alta le había robado sus vicios anteriores —alcohol y cigarrillos— y bromeaba diciendo que esta era la única diversión que le quedaba. Melina le entregó una botella y chocó la suya contra la de él en un brindis.

—Mi salvadora —dijo el profesor y dio un trago largo.

Como la mayoría de los adolescentes que habían acumulado producciones de *Las brujas de Salem* y *Sueño de una noche de verano* en su haber, Melina llegó a Bard con la idea de estudiar actuación. No fue sino hasta que tomó un curso de composición teatral que se dio cuenta de que la única cosa más poderosa que ofrecer una prodigiosa actuación era ser la persona que daba forma a las palabras que el actor pronunciaba. Comenzó a escribir obras cortas que eran representadas por grupos estudiantiles. Estudió a Molière y Mamet, Marlowe y Miller. Analizó el lenguaje y la estructura de sus obras con la intensidad de un jugador de ajedrez que logra el éxito por su conocimiento del juego.

Escribió una versión moderna de *Pygmalion*, en la que el escultor

era una madre de concursos de belleza y la estatua era JonBenét Ramsey, pero fue su versión de *Esperando a Godot* –ambientada en una convención política donde todos los personajes esperaban a un candidato presidencial salvador que nunca llegaba– lo que llamó la atención del profesor Bufort. Él la animó a enviar su obra a varios festivales de convocatoria abierta, y aunque nunca fue seleccionada, tanto Melina como todos en el departamento sabían que ella iba a ser una de las pocas que conseguiría estrenar sus obras.

—Melina —le preguntó Bufort—, ¿qué vas a hacer después de graduarte?

—Estoy abierta a sugerencias —respondió, esperando que este fuera el momento en que su mentor le ofreciera algún trabajo fabuloso.

No era tan ingenua como para creer que podría sobrevivir en Nueva York sin algún tipo de empleo, y Bufort ya le había conseguido algunos antes. Había sido pasante un verano para un famoso director de la ciudad –un hombre que una vez le había lanzado un café helado a un vestuarista que no había ajustado un dobladillo y que la llevaba a bares, aunque fuera menor de edad, porque prefería beber su almuerzo–. Otro verano, había estado detrás de la caja registradora de una cafetería del teatro Signature y detrás de un puesto de merchandising en el Second Stage. El profesor Bufort tenía contactos.

Todo ese negocio funcionaba a base de contactos.

—Esto no es una sugerencia —dijo Bufort, entregándole un volante—. Es más bien una orden.

El Bard College organizaría un concurso de dramaturgia universitaria. El premio era un lugar asegurado en el Festival de Obras Cortas Samuel French Off Off Broadway.

El profesor se apoyó en el escritorio, con las piernas a pocos centímetros de Melina. Dejó su leche chocolatada, cruzó los brazos y le sonrió.

—Creo que podrías ganar —dijo.

—Pero... —inquirió ella sosteniéndole la mirada.

—Pero... —Bufort alzó una ceja—. ¿Tengo que decirlo? ¿*Otra vez*?

Melina negó con la cabeza. El único comentario negativo que había recibido alguna vez de su parte era que, aunque su escritura era limpia y convincente, era emocionalmente estéril. Como si hubiera levantado un muro entre la escritora y la obra.

—Eres buena —empezó Bufort—, pero podrías ser *excelente*. No basta con manipular las emociones de tu audiencia. Debes convencerlos de que hay una razón por la cual tú eres la que cuenta esta historia. Tienes que dejar un poco de tu sangre en la obra.

Y allí estaba el problema: no podías sangrar sin sentir el dolor del corte.

Melina empezó a jugar con el borde de su camiseta, solo para evitar la mirada de Bufort. Él se apartó del escritorio y se ubicó detrás de ella.

—Hace tres años que conozco a Melina Green —dijo, acercándose—. Pero, en realidad, no la conozco en absoluto.

Lo que a Melina Green le gustaba de escribir obras de teatro era que podía ser cualquiera excepto ella misma, una chica técnicamente judía de Connecticut que había crecido siendo la persona menos importante de su hogar. Cuando era adolescente, su madre tuvo una enfermedad terminal y su padre se dejó llevar por el dolor de manera anticipada. Ella aprendió a ser callada y autosuficiente.

Nadie quería conocer a Melina Green, y menos aún la propia Melina.

—La buena escritura cala hondo, tanto para el dramaturgo como para la audiencia. Tienes talento, Melina. Quiero que escribas algo para esta competencia que te haga sentir... vulnerable —la instó Bufort.

—Lo intentaré —le respondió ella.

El profesor la sujetó de los hombros. Se dijo a sí misma, como

cada vez que él lo hacía, que eso no significaba nada; era solo su forma de mostrar apoyo, como cuando había movido contactos para conseguirle trabajos en la ciudad. Él tenía la edad de su padre; no entendía los límites de la misma manera que las personas más jóvenes. No debía darle demasiada importancia.

Como para subrayar la idea, de pronto él dejó de tocarla, levantó de nuevo la leche chocolatada y dijo:

—Muéstrame lo que te asusta.

Ese año Melina vivía en un apartamento sobre un restaurante tailandés con su mejor amigo, Andre. Se habían conocido en una clase de composición teatral en segundo año y habían conectado por coincidir en que *Nuestro pueblo* estaba sobrevalorada, que el musical *Carrie* estaba subestimado y que podías amar *El fantasma de la ópera* y encontrarla perturbadora a la vez.

Tan pronto como ella entró, Andre quitó su mirada de *The Real Housewives* para observarla.

—¡Mel! Vota para la cena —dijo.

Andre era el único que la llamaba por un apodo. Melina, en griego, significaba *dulce*, y él decía que la conocía demasiado bien como para mentirle en la cara cada vez que la llamaba por su nombre.

—¿Cuáles son mis opciones? —le preguntó ella.

—Mayonesa, galletitas dulces o comida tailandesa para llevar.

—Otra vez?

—Tú eres la que quiso vivir sobre La Orquídea Dorada porque olía muy bien.

Cruzaron miradas.

—Comida tailandesa —dijeron al unísono.

Andre apagó la televisión y siguió a Melina a su habitación. Aunque hacía ya dos años que vivían en ese departamento, ella

todavía tenía cajas en el suelo y nunca había colgado ninguna obra de arte ni había puesto luces de colores en el respaldo de su cama, como sí había hecho Andre.

—No es de extrañar que logres cumplir con todo. Vives en una celda —murmuró.

Al igual que ella, Andre estudiaba composición teatral. A diferencia de ella, Andre nunca había terminado una obra. Llegaba al final del segundo acto y decidía que necesitaba revisar el primero antes de terminar, y después se quedaba atrapado en un ciclo interminable de reescritura. Durante el último semestre había estado trabajando en una nueva versión de *El rey Lear*, con una matraca negra que trataba de decidir cuál de sus tres hijas merecía su receta secreta de gumbo. Había basado el personaje principal en su abuela.

Andre le entregó a Melina el correo, que ese día consistía en un sobre de papel madera dirigido a ella con la desordenada letra de su padre. La relación entre Melina y su padre se había deteriorado durante la enfermedad de su madre, al punto de que ejercer cualquier tipo de presión sobre ella resultaba demasiado doloroso. Sin embargo, a su manera dulce y distante, él trataba de hacer un esfuerzo. En el último tiempo, se había interesado en la genealogía y le había contado a Melina que, según sus descubrimientos, ella estaba relacionada con un general de la Unión, la reina Isabel de España y Adam Sandler.

Rasgó el sobre. *Acabo de encontrar este antepasado del lado de mamá. Primera poetiza publicada en Inglaterra (1611). ¡Tal vez esto de la escritura está en tu sangre!*

La nota estaba sujetada a una pequeña pila de papeles. Echó un vistazo a una imagen fotocopiada de una mujer de la época isabelina que tenía una expresión severa y un rígido cuello blanco. Luego dejó el paquete en el desorden de su escritorio.

—Mi antepasada era una poetiza —comentó, sin interés.

—Bueno, mi antepasado era Thomas Jefferson, y mira adónde me llevó eso —dijo Andre, apoyándose en un codo—. ¿Cómo te fue con Bufort?

Melina se encogió de hombros como respuesta.

—¿Qué vas a presentar para la competencia?

—¿Qué te hace pensar que voy a presentar algo? —repreguntó ella frotándose la frente, donde comenzaba a sentir un dolor sordo.

—Una competencia de teatro en el Bard de la que tú no participes sería como Escocia yendo a la batalla sin Mel Gibson —señaló Andre después de poner los ojos en blanco.

—Ni siquiera sé qué quieres decir con eso.

—A decir verdad, él domina el maquillaje mejor que tú, lo cual es casi un delito, porque nunca conocí a nadie que tuviera unos ojos plateados tan raros como los tuyos, y si supieras lo que es el rímel, podrías resaltarlos aún más —dijo Andre, mirándole desde la trenza desordenada hasta los pantalones cargo rotos y las zapatillas viejas—. ¿Alguien intentó darte limosna alguna vez?

Andre siempre insistía en que ella no le daba ninguna importancia a su apariencia. Era cierto que a veces estaba tan concentrada escribiendo que se olvidaba de Ducharse o cepillarse los dientes, y que le gustaba usar leggings y suéteres peludos cuando sabía que tendría una larga noche frente a la laptop.

—¿Qué vas a presentar tú en la competencia? —le preguntó, cambiando de tema.

—No creo que tenga nada listo —titubeó Andre.

—Podrías —respondió Melina, mirándolo directamente a los ojos.

—Pero vas a ganar —indicó él, sin un atisbo de rencor. Esa era una de las razones por las cuales lo amaba. Estudiaban lo mismo y su relación no era de competencia, sino de apoyo mutuo. Sabía que Andre no dudaría en defenderla (y lo había hecho) frente a otros

estudiantes que estaban convencidos de que su éxito en el Bard no era merecido, sino que era el resultado de un romance con Bufort. Sería gracioso, si no doliera tanto. Ni siquiera había besado a ningún chico en los cuatro años de universidad, mucho menos se había embarcado en un ardiente romance de mayo a diciembre.

—No sé sobre qué escribir —confesó Melina después de un suspiro.

—Mmm. Podrías intentar esa idea sobre lo que pasó en Las Vegas que no se quedó en Las Vegas.

—Siento que una comedia no sería tomada en serio —sostuvo ella.

—¿No es ese el punto?

—Bufort quiere que haga algo *personal* —añadió, pronunciando la palabra como si fuera una maldición—. Algo doloroso.

—Está bien, entonces escribe sobre algo que te duela.

Melina había escrito una obra llamada *Reputación*, donde ninguno de los personajes tenía nombre. Eran la Chica. El Chico. El Mejor amigo. La Némesis. El Padre.

La Chica tenía catorce años y era invisible. Durante años había estado desvaneciéndose, en relación directa con la enfermedad de la Madre. Después del funeral, desapareció por completo, marginada de la vista por el dolor del Padre. Hasta que un día, el Chico —de dieciocho años— la saludó.

Estaba segura de que debía de ser un error, pero no. Él la vio. Le habló. Y cuando la tocó, pudo verse a sí misma de nuevo; borrosa, pero recuperando el foco.

El Chico era todo lo que ella no era: se hacía notar, conocía a todo el mundo, era imposible pasarlo por alto. Junto a él, se sentía más grande, sólida y visible.

Todo comenzó con besos. Cada vez que la boca de él tocaba la suya, se sentía un poco más llena de sustancia. Donde él la tocaba

con sus manos, podía volver a ver el contorno de su cuerpo. Pero cuando le levantó la falda y comenzó a desabrocharse los pantalones, ella lo empujó y dijo que no.

Al día siguiente en la escuela, el Mejor amigo del Chico estaba hablando de ella con algunos desconocidos.

—El Chico me contó que ella lo trepó como un árbol —dijo—. Estaba apretada como un puño.

—Sabía que tenía que ser una puta si él estaba interesado en ella —agregó su Némesis, que justo pasó por ahí con un amigo.

A la Chica le ardía tanto la cara que estaba segura de que la gente podía sentir su vergüenza, incluso aunque no pudieran verla. Encontró al Chico y le exigió saber por qué había mentido.

—¿No quieres estar conmigo? —preguntó él.

—Sí, pero...

—Tengo una reputación que cuidar —dijo él—. ¿Realmente importa lo que piensen los demás, mientras tú y yo sepamos la verdad?

Quería alejarse, pero él le tomó la mano y, como por arte de magia, volvió a aparecer.

La Chica también tenía una reputación ahora. Cuando estaba en la fila de la cafetería, sin ser vista, escuchó que la describían como fácil. Mientras se cambiaba en el vestuario para la clase de gimnasia, escuchó que la llamaban desesperada.

La Chica pasaba cada vez más y más tiempo con el Chico, porque era la única persona que parecía saber quién era ella realmente. Y en privado, él era casi siempre amable y dulce. Pensó que tal vez ella veía una versión del Chico que también era invisible para todos los demás.

Una noche, él le levantó de nuevo la falda y comenzó a desabrocharse los pantalones.

—Todo el mundo piensa que lo estás haciendo —señaló él—. Así que da lo mismo si lo haces.

Esta vez, la Chica no dijo que no.

¿Acaso tuvo elección? ¿O cedió bajo presión?

¿Acaso importaba?

Porque en el momento en que el Chico la penetró, se manifestó por completo y de manera permanente, aunque más no fuera que como una nota al pie, desordenada y dolorosa, en la historia de alguien más.

El profesor Bufort amó la obra. La llamó cruda, reflexiva y provocativa. La pieza de Melina fue seleccionada como una de las tres finalistas del concurso, junto con la de un estudiante de Middlebury y la de un estudiante de Wesleyan. El día de la evaluación, cuando habría una lectura de cada obra interpretada por estudiantes de teatro del Bard, Melina pasó la mañana presa de los nervios y vomitando. Era la primera obra que había creado en la que ella misma era el personaje principal, aunque oculta bajo capas de lenguaje.

Si la obra no era suficiente para ellos, ¿eso quería decir que ella tampoco lo era? No podía separarse del guion; no podía ver a los actores interpretando al Chico y a la Chica sin verse a sí misma a los catorce años, perdida y sin rumbo tras la muerte de su madre, aferrándose a la única persona que parecía querer su compañía. No podía escuchar las palabras que había escrito sin recordar aquel otoño perdido, cuando no tenía voz y otros llenaron el silencio con mentiras sobre ella que se convirtieron en verdades.

Como si eso no alcanzara, había alterado la obra solo un poco, añadiendo una escena que se incluiría en la lectura final y de la que el profesor Bufort no tenía idea. Hasta donde sabía, podrían descalificarla por eso. Pero la obra no estaba terminada, no sin el epílogo, que la hacía relevante en la actualidad.

El auditorio estaba lleno. Andre le había guardado un asiento en

un lugar demasiado expuesto para su gusto, a solo unas pocas filas del escenario. Se disculpó en voz baja mientras pasaba por encima de las personas que ya estaban sentadas.

—Tuve que decirle a la gente que tenía mononucleosis para que no se sentaran aquí —dijo Andre.

—Llego tarde con estilo —retrucó ella con los ojos en blanco.

—No. Solo llegas tarde —sentenció él mirando desde su rodete despeinado hasta sus Crocs.

El profesor Bufort subió al escenario y empezó a hablar:

—Gracias a todos por asistir a las lecturas que constituyen la ronda final del primer Concurso de Dramaturgia del Bard College. Ha sido difícil mantener en secreto a nuestro juez de este año —dijo—. Lo conocen por sus críticas incisivas y su cobertura de la industria teatral en general. Por favor, denle la bienvenida al crítico de teatro del *New York Times*, Jasper Tolle.

Andre y Melina se miraron.

—¿En qué dimensión estamos? —le susurró Melina—. ¿Jasper Tolle va a juzgar mi obra?

Todos lo conocían, hasta las personas que no eran del medio. Lo consideraban un prodigo, que el *Times* contrató con tan solo veintiséis años y que luego, con su crítica afilada y mordaz, había logrado atraer a un público que lo odiaba o lo amaba. En tres años, pasó de cubrir producciones de teatro en Nueva Jersey a Off-Off-Broadway y a obras seleccionadas para Millenials, como *The Agony and the Ecstasy of Steve Jobs* y *Murder Ballad*.

Jasper Tolle tenía la mitad de la edad del crítico senior del periódico. Tenía cuentas de fans en Instagram y Facebook. Había logrado que el teatro —una forma de arte que generalmente era abrazada por un público canoso— fuera algo cool otra vez.

—Dios santo —exhaló Andre—. Es muy hot.

Lo era, supuso Melina, para alguien de treinta y pico. Tenía un

pelo rubio casi blanco, con un remolino en la nuca, y detrás de sus lentes de carey, sus ojos azul intenso brillaban como un cristal tallado. Era alto, delgado y parecía molesto, como si se hubiera arrepentido de haber aceptado esto meses atrás.

—Parece un Voldemort sexy —murmuró Andre.

—No vuelvas a decir eso. Jamás.

Bufort le pasó el micrófono al crítico, que se aclaró la garganta, con las mejillas enrojecidas.

Interesante, pensó Melina. Era un crítico que prefería esconderse detrás de sus palabras. No muy diferente de un escritor de teatro.

La lectura de Melina sería la última de las tres. Después de cada una, Tolle subiría al escenario y daría su reacción. Al final, elegiría al ganador. La primera obra, escrita e interpretada por un estudiante de Wesleyan, era un monólogo sobre el multiverso. La segunda, escrita por un estudiante de Middlebury, ponía a los Avengers de Marvel en terapia de grupo.

Cuando los estudiantes actores entraron para interpretar *Reputación*, cada uno con una silla y un atril en el que colocaron sus guiones, a Melina se le aceleró el corazón. Si se desmayaba, Andre tendría que despertarla para que pudiera escuchar los comentarios de Jasper Tolle sobre su obra. Estaba a punto de decírselo cuando vio al profesor Bufort inclinarse hacia el crítico y murmurar algo.

Se imaginó que le decía que Melina era su estudiante, quizás incluso su protegida. Tragó saliva y entrelazó los dedos con los de Andre.

En los ensayos, su obra duraba veintiocho minutos, lo que estaba dos minutos por debajo del tiempo asignado para cada lectura. Pero eso había sido antes de que la noche anterior les entregara un epílogo de dos páginas a los actores en el último ensayo.

Mientras Melina observaba la lectura, sentía que el diálogo le salía como si fuera arrancado de su propia garganta: doloroso, familiar,

áspero. La audiencia se rio en los momentos planeados. Guardaron silencio cuando el narrador describió cómo el Chico tironeó de la ropa de la Chica. Al escuchar la última línea de la versión que había enviado al festival, oyó un solo y estruendoso aplauso desde la primera fila y se dio cuenta de que era el profesor Bufort tratando de provocar una ovación.

No sabía que la obra no había terminado.

—Ocho años después —dijo el narrador. Todos los actores se sentaron, excepto la Chica y el narrador, que se colocó detrás de la silla de ella.

—Es diferente a tus otros trabajos —señaló, con un tono juguetón, convirtiéndose en un personaje que ya no era un observador, sino un participante.

—Sí —respondió la Chica.

—Hace tres años que te conozco, pero no te conozco en absoluto.

El narrador puso las manos en los hombros de la Chica y los masajeó. La actriz se congeló.

—¿Profesor? —susurró.

—Muéstrame qué te asusta —dijo el narrador inclinándose cerca de su oído.

Ahí terminó la obra.

—Maldita sea —murmuró Andre.

Hubo unos aplausos dispersos e incómodos, ¿cómo aplaudir el acoso?, pero Melina apenas se dio cuenta. Estaba concentrada en el perfil del profesor Bufort, en la rigidez de su mandíbula.

Quería decir: “Lo siento”.

Había sido Bufort quien había querido que ella sangrara en la página. Y cuando desenterró el recuerdo de secundaria de ser manipulada por un villano que la había convencido de que era un héroe, Melina comprendió que la historia se repetía.

Jasper Tolle subió al escenario, balanceándose sobre la punta de

los pies, completamente ajeno a que la última autora había hecho estallar su carrera académica.

—Bien —empezó, mirando su pequeña libreta negra—. ¿Melina Green? ¿Dónde estás?

Cuando ella no se movió, Andre le agarró la muñeca y le levantó la mano.

—Ah —dijo Tolle—. Bueno. Eso fue... mucho. Supongo que deberíamos discutir el mayor obstáculo aquí...

Melina vio manchas negras frente a sus ojos.

—... es decir, que esta es una historia iniciática, lo que la ubica en la categoría de Teatro para Jóvenes Artistas.

Teatro para Jóvenes Artistas, o sea, teatro infantil. La cara de Melina ardió. ¿En qué mundo perder la virginidad en circunstancias moralmente ambiguas se consideraba material para niños?

—Eso no es cierto —soltó.

—¿Perdón? —Jasper Tolle literalmente dio un paso atrás, como si ella lo hubiera golpeado.

—*R-Recuerdos de Brighton* —balbuceó—. *Billy Elliot. Equus. Despertar de primavera*. Todas son historias iniciáticas.

—Sí, pero esas obras tienen mérito crítico —respondió él. Melina se quedó con la boca abierta ante el ataque—. No se sienten... pequeñas.

—¿Porque tratan sobre personajes masculinos? —le preguntó. Por primera vez, se dio cuenta de que era la única finalista femenina. No se le había ocurrido que sería como correr una carrera con obstáculos extra.

—Porque sus personajes principales no son desagradables. No me malinterpretes, hay una escritura realmente impresionante aquí, pero ¿es realmente una historia con la que una audiencia puede relacionarse de una manera más general?

Ella apretó los dientes. Por Dios, una de las otras obras era sobre superhéroes en un hospital psiquiátrico.

—La obra se supone que debe incomodar —le dijo Melina.

—Bueno, lo hizo, pero no por las razones que tú crees. Fue demasiado sentimental. Armarlo todo como un preludio para la última escena, que, por cierto, parecía añadida al final, te hace cuestionarte si la Chica realmente aprendió algo.

—Ese —masculló entre dientes— es el punto. —Estaba tan enojada que temblaba. Sintió la mano de Andre deslizarse protectora sobre su rodilla.

—¿Puedo preguntar si esta obra se inspiró en algo que te ocurrió a ti? —dijo Tolle después de hacer una pausa para evaluarla.

Melina no quería responder, pero asintió.

—En el futuro —sugirió Jasper Tolle—, aléjate de esos temas. Si te afecta tanto la crítica porque una obra es muy personal, no vas a llegar lejos como dramaturga.

Ella abrió la boca, pero él levantó una mano. Literalmente, levantó una mano, como si pudiera bloquear lo que estuviera a punto de salir de su boca.

—¿Tienes cuánto? ¿Veintiún años? Te falta mucho por aprender. Discutir no te hace parecer provocativa. Solo... difícil.

Melina tomó su bolsa y pasó por encima de las filas llenas de rodillas, piernas y mochilas hasta llegar al pasillo. Salió por la puerta del auditorio justo cuando Jasper Tolle anunciaba que el ganador del Concurso de Dramaturgia del Bard era el estudiante de Middlebury, por su innovadora exploración de Iron Man con trastorno de apego.

A Melina no le importaba quedar como una mala perdedora. No le importaba si Jasper Tolle pensaba que era una insufrible. Había intentado plasmarse a sí misma en una de sus obras, pero claramente no había ficcionalizado su experiencia lo suficiente. Lección aprendida.

Unos momentos después, la gente comenzó a salir del auditorio, sumergida en un mar de conversaciones. Se dio vuelta cuando

Jasper Tolle y el profesor Bufort pasaron junto a ella, sin prestarle atención a la chica que acababa de encender la mecha para hacer estallar su futuro.

Un brazo se deslizó por sus hombros. Melina se dejó caer contra Andre y, finalmente, se permitió llorar.

—Solo Voldemort —recapacitó él, dándole unas palmaditas en la espalda—. Nada sexy.

Melina sintió que una risa le subió por la garganta como una burbuja.

—Me pareció increíble, Mel —dijo Andre, alejándola un poco para poder mirarla a los ojos—. Y lamento mucho si una pizca de eso realmente te sucedió en la vida real.

Justo por eso lo había escrito. Tal vez hoy en ese auditorio había otra chica que se sentiría fortalecida para decir no cuando la presionaran a decir que sí. Tal vez había alguien en una posición de poder que se detendría antes de cruzar una línea.

Tal vez hacían falta más historias como esta, no menos.

—Al carajo con Jasper Tolle —soltó Melina.

—Me sacaste las palabras de la boca —respondió Andre mientras la conducía fuera del auditorio.

La semana siguiente, le escribió al profesor Bufort para pedirle una reunión. Como él no respondió, fue a la oficina en su horario de atención. En la puerta cerrada había un sobre pegado con cinta que tenía escrito el nombre Melina.

Dentro estaba la calificación de su tesis. Había entregado cinco obras, incluida *Reputación*. En su carrera, nunca había recibido menos de una A en ninguna asignatura.

“C+. Requiere demasiada suspensión de incredulidad”.

Cuando llegó a casa, el departamento estaba vacío. Andre debía estar en clase, probablemente, y Melina agradeció eso. Caminó hasta su austero dormitorio y se dejó caer de cara en la cama.

Se graduaría sin una recomendación de su director de tesis. Otros profesores en el departamento de teatro la tildarían de problemática. Los estudiantes que consideraba amigos la evitarían, por si el rechazo era contagioso. Se había convertido en una persona no grata.

Andre era el único en el campus que la defendía. Insistía en que nada había cambiado; se mudarían a Nueva York después de graduarse, como estaba planeado, para intentar convertirse en escritores de teatro. Pero Melina no sabía si tendría el valor para enfrentarse a otra humillación pública. Si no querías quemarte, era mejor apartar el dedo de la llama.

Y, sin embargo, Bufort le había dicho una vez que los verdaderos escritores no pueden dejar de escribir.

Miró las pilas de papeles sobre su escritorio. Tomó la portada de su obra condenada y la arrugó en su puño. Su rabia se convirtió en un motor. Agarró más páginas y las rasgó y las lanzó como confeti, hasta que el suelo se convirtió en un mar de papeles impresos.

Entonces su mirada se posó en una imagen impresa en blanco y negro de una mujer. Los ojos de la dama parecían seguirla. La nota de su padre aún estaba sujetada a una esquina.

Emilia Bassano. Su antepasada. La poetiza.

“El historiador A. L. Rowse, en 1973, llamó a Emilia Bassano la ‘dama oscura’ de los sonetos de Shakespeare, una mujer de cabello negro, judía y de virtud dudosa. Aunque esto fue desmentido, merece reconocimiento por sus propios méritos como la primera poeta femenina publicada en Inglaterra, en una época en la que a las mujeres se les prohibía escribir para una audiencia pública”.

El pecho de Melina se aflojó al darse cuenta de que no era la primera en su familia en luchar para encontrar su lugar como escritora.

Pasó las páginas del paquete genealógico de su padre, rastreando las generaciones desde Emilia Bassano hasta ella misma.

CON CUALQUIER OTRO NOMBRE — GUIÓN DE ENSAYO

EMILIA está sentada en un banco tallado, bajo el abrazo de un frondoso sauce esmeralda. A sus pies, una casa de hadas.

ENTRA LA MUJER.

LA MUJER

Un teatro.

EMILIA

Una audiencia.

LA MUJER

Una comedia.

EMILIA

Una tragedia.

LA MUJER

Érase una vez una niña que se volvió invisible para que sus palabras no lo fueran.

EMILIA

Érase una vez una niña. Un principio y un fin.

EMILIA se convierte en su yo más joven.

LA MUJER

Había una historia, sin importar si otros decidían escucharla o no.

EMILIA

(coloca un rey de ajedrez en la casa de hadas)

Saludos, Oberón, rey de los elfos.

LA MUJER

Emilia lo nombró así por el rey elfo de un poema francés que había traducido.

EMILIA

(coloca una reina de ajedrez en la casa de hadas)

Y tú serás su reina.

LA MUJER

El poema no mencionaba a una reina. No era tan importante como para ser registrada.

EMILIA

¿Cómo llamar a la más grande reina de las hadas?

EMILIA, LA MUJER

Titania.